

## PRÓLOGO

*«Los madjus arribaron con cerca de ochenta bajeles; el mar parecía estar cubierto de pájaros de color de sangre, y los corazones de los hombres se llenaron de temores y angustias. Tras desembarcar en Lisboa [...] llegaron a Sevilla».*

***Al-Bayān al-Mughrib («Libro de la increíble historia de los reyes de al-Ándalus y del Magreb»), Ibn Idhari***

SEVILLA, 3 DE SEPTIEMBRE DEL AÑO 844

Nunca había amanecido, desde el día de la Creación, un cielo tan amplio y puro como el que cubrió las tierras de al-Ándalus con su manto azul e impoluto el día 15 del mes de *Dhu ul-Híyyah*. La ausencia de nubes permitía al viento correr a su gusto, y ninguna recibió el despertar del valí al-Jàlid de Sevilla cuando las buscó en el cielo como cada mañana al terminar la oración de *Fajr*.

—Alá es grande —dijo nada más despegar la frente de una alfombra tendida en el suelo.

Una bacinilla de mármol sirvió para lavarse la cara, y el árabe se perfumó la densa barba con colonia de lavandas antes de ceñirse el turbante y la daga que lo distinguían como valí de Sevilla. Por último, se pintó los ojos con kohl, que sólo utilizaban los descendientes de los primeros árabes que arribaron a al-Ándalus como recuerdo de sus vidas pasadas en el desierto.

—Alá es grande —repitió mientras se repasaba los párpados con el polvo negro—. Hace un día espléndido.

Las luces de la aurora despuntaban cuando al-Jàlid terminó de vestirse como correspondía a su rango. El valí tenía la costumbre de subir hasta la torre más alta de su alcázar para admirar el amanecer y agradecer a Alá el permitirle vivir un día más. Desde lo alto podía, además, presenciar el despertar de Sevilla y su medina y apreciar el reflejo del sol sobre el río que abrazaba sus casas, zocos y mezquitas como una madre que acuna al niño recién nacido. «Guadalquivir» lo llamaban

los cristianos y «*Wad al-Kabir*» los musulmanes, y para todos suponía un regalo de Alá para regar la tierra más fértil que un árabe hubiese pisado jamás. Los primos de al-Jàlid le habían contado historias acerca de las cosechas del Nilo y de los huertos que crecen en las orillas del Éufrates y el Jordán, pero ninguno había tenido la gracia de contemplar los campos dorados de al-Ándalus bajo el sol de septiembre.

—Alabado seas, Alá todopoderoso, por haber permitido a tus hijos alcanzar el paraíso —agradeció al-Jàlid desde lo alto de la torre—. Danos fuerza, dispensador de dones, para defenderlo de cualquier enemigo.

Los primeros rayos del sol iluminaron una medina que comenzaba a latir bajo la mirada de su valí. Sevilla madrugaba, y las primeras escenas del día a día fueron protagonizadas por comerciantes que corrían hacia los zocos para ser los primeros en abrir sus puestos y prostitutas que saludaban al sol desde sus balcones después de una noche ajetreada. Las plazas rebosaban de sevillanos que esperaban el pan del desayuno ante los hornos de la medina, y la sombra del minarete de la mezquita aljama era el único recuerdo de una noche que acababa de morir para dejar pasar el olor a canela, cominos y clavos proveniente de los fogones recién encendidos.

Todo era bello aquella mañana, incluso los niños que se divertían arrojando piedras a las palomas que anidaban sobre los muros en ruinas que un día rodearon Sevilla. Al-Jàlid solía sentirse orgulloso de que su medina no necesitase murallas que la guardasen gracias a la paz de los Omeyas; ahora, sin embargo, la ruina de la vetusta cinta que rodeaba a la ciudad ensombreció el rostro de al-Jàlid bajo un radiante amanecer.

—Alá nos protegerá. —Y ni siquiera el valí sabía si aquello era un ruego o una certeza.

Los sevillanos, mientras tanto, reían y vivían sin percatarse del semblante preocupado de al-Jàlid. Nadie recordaba la guerra bajo el cielo azul de Sevilla, y el único borrón que afeaba aquella espléndida mañana era una delgada columna de humo que ascendía desde la lejana alcazaba de Coria, oculta tras las colinas del sur.

—¿Quién necesita calentarse con este día de sol? —masculló el valí entre dientes.

Una de las palomas que escapaban de las piedras de los niños apareció para distraerlo. El ave volaba directa hacia el alcázar, y al-Jàlid siguió su aleteo hasta que se posó sobre las almenas de la torre del

valí. El árabe distinguió un trozo de tela firmemente atado a su pata izquierda, y su ceño empezó a fruncirse mientras capturaba con destreza a la paloma.

—Veamos qué tienes que decirme... —masculló para sí.

El valí de Sevilla tomó el mensaje que descansaba entre las plumas del ave y lo desenrolló sobre una almena. Estaba escrito en árabe, y contenía pocas palabras:

«*Madjus, Wad al-Kabir*».

La paloma agitó las alas al sentir cómo temblaban las manos de al-Jàlid.

—Vuela, bonita, vuela... —susurró antes de devolverla al cielo de Sevilla—. Vuela lo más lejos que puedas.

El ave desapareció entre los alminares que jalonaban la medina, y al-Jàlid se asomó a las almenas sintiendo cómo su turbante pesaba cada vez más sobre su cabeza. Sus ojos pintados con kohl para protegerse del sol buscaron el sur hasta encontrar las curvas que trazaba el Wad al-Kabir en su sinuoso camino hacia el mar.

—*Madjus*... —repitió al-Jàlid, y la columna de humo comenzó a crecer.

La mirada del árabe alcanzó a divisar la última curva del Guadalquivir antes de perder de vista el río tras las colinas de Coria, y su lengua se secó de golpe cuando vislumbró un barco remontando la corriente. Estaba demasiado lejos para poder discernir si era mercante o galera, pero el rojo penetrante de su vela destacaba entre el verde de las palmeras.

—Están aquí... —fue todo lo que pudo decir al-Jàlid—. ¿Cómo han dado con nosotros?

El barco avanzaba deprisa, y tras él surgieron uno, dos, tres más hasta que el río se tiñó de rojo bajo una marea de velas bermejas que avanzaba inexorable hacia Sevilla. Las aguas del Guadalquivir apenas bastaban para soportar el número de barcos que crecían en número a cada instante que pasaba, y al-Jàlid debió asistir impotente a la aterrorizada huida de los labriegos que habitaban las almunias y molinos levantados junto al río.

—Alá nos proteja... —Una gota de sudor helado resbaló por su espinazo mientras su mente repetía una palabra que no tardó en llegar a sus oídos proveniente de los primeros jinetes procedentes de

los campos—. ¡*Madjus!* ¡*Madjus!* —Al-Jàlid sintió cómo las piedras del alcázar temblaban ante aquel nombre—. ¡Han incendiado Coria, y vienen a por nosotros!

Las calles de Sevilla pronto se hicieron eco de la noticia, y los gritos aterrados de los sevillanos se oyeron nítidos y espeluznantes. Árabes andalusíes, bereberes, mozárabes y extranjeros de la más diversa procedencia corrieron hacia sus casas para llevarse consigo cuanto cupiese en sus manos mientras la ribera del río se llenaba de barqueros que pedían precios desorbitados a quienes pretendían escapar de la medina.

—¡Vienen los *madjus!* —gritaba el pueblo—. ¡Alá se apiade de nosotros!

Unos pasos apresurados sorprendieron a al-Jàlid inmóvil y aferrado a las almenas con la mirada fija en las crecientes velas bermejas. Sus dedos ya no sentían el tacto de la piedra ni el roce del viento: quizás todo fuese un sueño, y pronto abriría los ojos entre las sábanas de seda de su lecho, junto a su esposa favorita y una sonrisa en el rostro.

—¡Los *madjus* están aquí, padre! —La voz de Hishem acabó con sus esperanzas—. Han saqueado Coria durante la noche: acaban de llegar sus palomas. ¡Los barcos de esos bárbaros son más veloces que cualquier galera! ¡Alá nos guarde de su crueldad!

El valí de Sevilla pudo sentir el miedo de Hishem en cuanto se giró hacia la escalera y distinguió su silueta. Su hijo había tomado las armas, y tocaba su cabeza morena con el turbante que los árabes lucían en la batalla. Al-Jàlid nunca había visto a Hishem vestido de aquella manera en su propia morada, y comprendió con dolor que la guerra llamaba a las puertas de su casa.

—Los hombres quieren luchar —aseguró Hishem ante el silencio de al-Jàlid—. Nunca permitiremos que esos malditos adoradores del fuego, *madjus* salvajes y bárbaros, destruyan nuestra medina.

Al-Jàlid tragó saliva, y se armó de valor para volver a mirar las calles de Sevilla. Desde la torre dolía más todavía el triste espectáculo de las madres despidiéndose de hijos y esposos mientras estos tomaban las armas de padres y abuelos. Más allá de los barrios, una sollozante columna de refugiados corría a través de la calzada que terminaba ante los muros de la lejana Carmona. Sevilla y su alegría acababan de evaporarse bajo el cielo más bello que pudiese concebir al al-Ándalus, y la triste mirada del valí se posó en las ruinosas murallas que hubiesen podido salvarlos.

—Sin muros que nos defiendan, jamás podremos frenar el ataque de los *madjus*. Son cientos, quizás miles, a bordo de esos barcos endemoniados. —La mirada de al-Jàlid se volvió hacia el Guadalquivir—. Sevilla está perdida, hijo mío.

La flota enemiga había conseguido salvar a gran velocidad los meandros que mediaban entre Coria y Sevilla, y sus velas aterrorizaron a los últimos rezagados que trataban de alcanzar la orilla opuesta para escapar hacia tierras de la ciudad de Niebla. Los gritos de los *madjus* resonaban contra la corriente del río, y el vibrar de una lengua oscura y primitiva heló a los sevillanos que comenzaban a agolparse contra los muros de la fortaleza.

—Esperan vuestras órdenes, padre —dijo Hishem tras señalarlos con su lanza—. Vos sois el valí de nuestra medina: decidnos qué debemos hacer.

Al-Jàlid respiró profundamente y devolvió la mirada a los guerreros que los observaban desde las almenas antes de decir:

—Abrid las puertas del alcázar: que todo hombre de armas busque refugio tras las murallas. Perderemos la medina, pero podremos molestarlos hasta que el emir de Córdoba envíe sus tropas en nuestra ayuda.

—¡Alá es grande! ¡Los *madjus* conocerán nuestra furia! —exclamó Hishem, y dio media vuelta para acatar las órdenes, pero el brazo de su padre frenó bruscamente sus pasos.

—Serán otros quienes defiendan el alcázar, hijo mío. Los *madjus* vencerán si así lo quiere Alá, pero antes debemos asegurarnos de que nuestra derrota llega a oídos del emir Abderramán. —Los ojos del valí bajaron hacia el suelo de la torre—. Debemos alcanzar Córdoba cuanto antes, y nuestra prisionera nos acompañará.

Hishem asintió lentamente mientras los gritos del enemigo sonaban cada vez más cerca.

—La mujer está en las celdas bajo las cocinas, donde viven las ratas... —Y alzó una mano con una mueca preocupada—. Tened cuidado, padre: esa salvaje no dudará en atacaros en cuanto le deis la espalda.

Ambos echaron a correr hasta sumergirse en las profundidades de un alcázar que bullía de actividad. Los sevillanos se armaban mientras varias hileras de arqueros se apostaban en las murallas para tratar de alcanzar unos barcos que estaban a sólo un estadio de los muelles del arenal, y los ánimos de los defensores temblaron cuando

distinguieron las cabezas de dragón que adornaban las naves de los *madjus*.

—¡Expulsad a los paganos! —exhortaba Hishem a los arqueros—. ¡Que sepan cómo combatimos los hijos de Alá!

En la cubierta de los barcos saltaban y gritaban hombres con el torso desnudo armados con hachas y escudos que señalaban a los musulmanes entre insultos y amenazas. Algunos sostenían en alto cabezas decapitadas, y los musulmanes que lograron reconocer a los habitantes de Coria lanzaron estremecedores aullidos.

—¡Malditos, hijos de Shaitán!

—¡Nuestro emir pronto os aplastará!

Hishem disponía de poco tiempo para observar la crueldad de los *madjus* desde las murallas, y pronto reunió a sus cuatro mejores hombres junto a los caballos más rápidos de los establos del alcázar.

—¿De qué infierno han salido estos demonios? —preguntó Hishem mientras aguardaba a que al-Jàlid apareciese en el patio.

—Habitan en las islas del hielo perpetuo, y dicen que muchos de ellos se transforman en lobos cuando prueban la sangre enemiga —contestó uno de los árabes que aguardaba sobre su caballo—. Son monstruos, hijo del valí. Ya sabéis lo que hicieron a las gentes de Lishbuna, y también a los musulmanes del al-Gharb. La medina de al-Zawaia ya no existe, y tampoco la bella al-Tabira. Nuestra querida Ishbiliya será la siguiente, a menos que vuestro padre ordene luchar.

Hishem negó con la cabeza, y antes de poder decir nada, discernió al valí al-Jàlid entre los hombres que corrían de un lado a otro del patio de armas.

—¡Los *madjus* van a desembarcar en el arenal! —gritó uno de los centinelas—. ¡El río está lleno de barcos!

Los arqueros continuaban lanzando sus flechas, y el silbido de los dardos sobrevoló el recuento entre Hishem y al-Jàlid. El valí de Sevilla sostenía una gruesa cadena de cuyo extremo caminaba una joven semidesnuda, apenas cubierta con una túnica desgarrada que mostraba una fea herida a la altura de su muslo. La mujer cojeaba y gruñía mientras los hombres del alcázar comenzaban a mirar a la prisionera, y las muecas desafiantes que componía bajo su sucio cabello oscuro enardecieron a los sevillanos.

—¡Perra pagana! ¡Atrévete a desafiarnos!

—¡Pagarás por la barbarie de los *madjus*!



Los árabes que acompañaban a Hishem debieron frenar a los furiosos musulmanes que deseaban linchar a la prisionera, y se apresuraron a subirla al caballo más fuerte entre insultos y abucheos. La mujer contestó con una sonrisa burlona, y esta vez fue el propio al-Jàlid quien no dudó en soltarle un bofetón.

—¡Aprende modales, bárbara! —Y señaló las almenas plagadas de arqueros—. ¡No toleraré una mísera sonrisa mientras los tuyos saquean mi medina!

La mujer bajó la mirada mientras su rostro se acaloraba por la bofetada.

—¡Nos vamos! —gritó Hishem—. ¡Arre, arre!

Los rostros de los sevillanos se giraron hacia el valí y su hijo, y lanzaron miradas de desasosiego a quienes los abandonaban poco antes de comenzar la batalla.

—¡Defended el alcázar, y Alá todopoderoso sabrá que sois dignos! —gritó el valí a los defensores—. ¡El gran emir Abderramán debe saber cuanto antes que Ishbiliya ha caído! ¡Aguantad, hermanos! ¡Nunca os desampararemos!

Los árabes montaron en los caballos mientras la puerta del alcázar se abría lo suficiente para dejarles salir al exterior, y nada más salvar el foso al-Jàlid giró la cabeza hacia los barcos que empezaban a vomitar guerreros de aspecto temible sobre el limo del arenal. Los primeros *madjus* que alcanzaron Sevilla seguían a un guerrero que empuñaba un hacha de doble filo y que cojeaba mientras avanzaba entre las casas en busca de las primeras víctimas que llevarse consigo.

—Ivar el Deshuesado —soltó entre dientes al-Jàlid—. El bárbaro carnicero que incendió Lishbuna hasta convertirla en cenizas.

Las puertas de las casas se quebraban ante las patadas de los *madjus*, y los lamentos de quienes habían buscado refugio en sus sótanos alcanzaron los oídos de los paralizados jinetes del valí. La prisionera, maniatada y amordazada, miraba desde la grupa del caballo cómo los sevillanos no podían hacer nada por evitar el saqueo de los invasores, y pocos pudieron ver cómo apartó los ojos en cuanto distinguió la silueta de Ivar el Deshuesado.

—*Óðinn!* —gritó el caudillo mientras mostraba en alto la cabeza de un niño de siete años.

—¡Malditas bestias! ¡Volved al lago infernal de donde habéis salido! —gritó al-Jàlid.

La amenaza llegó hasta los oídos de los *madjus*, e Ivar pudo ver a los caballos del valí junto a las casas que se alzaban próximas al foso del alcázar. Una mueca feroz teñía su rostro pintado de negro cuando echó a correr hacia ellos acompañado de una docena de guerreros que combatían sin ropas que cubriesen sus cuerpos.

—¡Nos vamos! —ordenó al-Jàlid—. ¡Será Alá quien se encargue de estos diablos!

De pronto, Ivar el Deshuesado se detuvo en seco para señalar a la mujer montada sobre la silla de Hishem.

—¡Ladaga!

Los *madjus* montaron en cólera ante aquel nombre extraño, y aceleraron su carrera hacia unos árabes que pronto lograron poner tierra de por medio. Una nube de polvo ocultó el veloz galope de los caballos, y ninguno de aquellos guerreros surgidos del océano pudo dar alcance a los jinetes y la prisionera que se alejaban de Sevilla.

—¡Ladaga! —gritó de nuevo Ivar el Deshuesado, y el tono de su voz emocionada extrañó a quienes consiguieron escucharla.

Una gran columna de humo comenzó a ensombrecer el cielo, y los jinetes de al-Jàlid miraron por encima de sus hombros para echarse a llorar en silencio ante la ruina de su medina. La mezquita aljama ardía en llamas, y, con ella, cientos de pergaminos traídos directamente desde Damasco y Alejandría, pero no eran únicamente las letras cuanto importaba a los guerreros: los *madjus* habían ultrajado una medina pacífica y herido en el corazón a la bella tierra de al-Ándalus.

—No envainaré mi espada hasta que Ishbiliya sea vengada —prometió al-Jàlid—. ¡Nuestro emir Abderramán expulsará a los *madjus* que han destruido nuestro hogar!

Los árabes asintieron ante las palabras de su valí, pero sus esperanzas volvieron a cubrirse por un negro velo al distinguir las llamas y el humo más allá de los campos que los separaban de su medina.

—¡Rumbo a Qurtuba!—ordenó Hishem—. No nos detendremos hasta que la noche nos cubra.

Las llanuras que riega el Guadalquivir al norte de Sevilla se encontraban llenas de refugiados provenientes de la medina que trataban de hallar refugio en las alquerías aisladas, olivares y torres abandonadas de tiempos de los godos que jalonaban el camino hacia Carmona. En esta última población pudo resguardarse buena parte de la población sevillana, y al-Jàlid presencié el caos que se agolpaba contra unas murallas que no podían acoger a tantas gentes indefensas.



El sufrimiento de los refugiados sevillanos que buscaban asilo en Carmona se clavó en las tripas de los hombres de al-Jàlid, y pudieron atisbar muchos rostros conocidos suplicando a los centinelas que abriesen hasta los corrales para poder guarecerse junto a las gallinas y los cerdos. La prisionera, en cambio, parecía ajena al sufrimiento que los musulmanes fueron dejando atrás a medida que superaban Carmona y se internaban en las suaves colinas de Écija. Tan indiferente era su gesto que al-Jàlid no pudo contener su rabia mientras cabalgaban.

—¡Pagarás en tu carne lo que tu gente ha hecho a mi pueblo! ¡Alá te tiene reservado el peor de los infiernos!

Las amenazas se dispersaron bajo el ruido de los cascos de los caballos, y los árabes forzaron el esfuerzo de sus animales hasta que la noche terminó por sorprenderlos en un vasto encinar cuyas raíces bebían las aguas del río Genil. Dejaron libres a los caballos para que paciesen a su gusto, y con leña de los árboles enfermos hicieron una hoguera destinada a iluminarlos en una noche donde muchos sintieron frío a pesar del calor que todavía emanaba de la tierra. Sus voces hicieron llorar a las ginetas que les escucharon entonar la oración del *Maghrib*, e incluso los animales comenzaron a preguntarse qué habría sucedido para tanta tristeza.

—Nadie, ni siquiera los idólatras cristianos que resisten en el norte, se habían atrevido a atacarnos con una crueldad semejante —murmuró Hishem ante las tenues llamas de la hoguera—. Alá, el Protector, nos ampare.

Las miradas de los árabes apuntaron con odio a la prisionera, y pudieron ver cómo el cuerpo encadenado de la mujer se retorció apoyado en una encina. Sabían que estaba herida, pero ninguno de aquellos jinetes estaba dispuesto a aliviar su sufrimiento. Al-Jàlid era el primero que observaba con un odio creciente sus rasgos extraños, tan diferentes a los *madjus* que habían atacado Sevilla, pero, a la vez, era tan bárbara y salvaje como ellos.

—Recuérdame, hijo mío, dónde capturaste a nuestra prisionera —preguntó al-Jàlid mientras mesaba su barba entrecana.

—Junto al viejo faro de Cepión, en las bocas del Wad al-Kabir. Formaba parte de una incursión de los *madjus* en busca de alimento, pero ella fue la única lo suficientemente inconsciente como para separarse del resto.

—¿Puede comprendernos?

Hishem negó con la cabeza.

—Es inútil torturarla, padre: aunque hable, jamás podrá decirnos nada.

—Los verdugos de Abderramán sabrán qué hacer con ella —zanjó al-Jàlid.

La hoguera empezó a encenderse bajo el triste silencio de los se-villanos, y ninguno de los árabes recostados junto al fuego sintió el menor deseo de conciliar el sueño. Sólo podían pensar en la suerte de sus familiares, amigos o simples conocidos, convertidos en pró-fugos para el deleite de los bárbaros.

Un silbido distrajo su silencio, y pudieron distinguir una melodía que emanaba directamente de los labios de la prisionera. Parecía el canto de un ave, y a muchos les resultó familiar a la par que imper-tinente.

—¡Silencio, pagana! —ordenó al-Jàlid—. Respeta nuestro luto.

La joven continuó silbando su canto, y los hombres se incorpo-raron mirándose bajo las ramas de los alcornoques. Hasta que uno de ellos liberó un grito rabioso.

—¡Ya basta, por las barbas del Profeta! —exclamó Hishem—. ¡Vas a saber lo que es un árabe enfurecido!

El hijo del valí caminó hacia la prisionera sin que nadie detuviese su paso, y tiró de la cadena aferrada a su cuello hasta hacerla caer al suelo. Nadie dijo una palabra mientras la arrastraba entre violentos tirones que hicieron mirar hacia otro lado a las lechuzas y los cárabos. Los dedos de la mujer se clavaron en los terrones de tierra seca hasta hacerse sangre, pero nada podía frenar la ira de Hishem.

—¿Vas a resistirte, pagana? —preguntó el árabe—. ¡Tendré que calmarte entonces!

Los golpes cayeron sobre la prisionera hasta que paró de agitarse bajo las cadenas, e Hishem arrastró a la mujer hacia unos arbustos para ocultarse de las miradas de quienes callaban ante el fuego. Al-Jàlid había estado a punto de intervenir después de los primeros pu-ñetazos, pero, a la vez, sentía el mismo odio que Hishem hacia quienes osaban prender fuego al mismísimo paraíso. Hubiese cam-biado su mejor caballo por comprender a la cautiva y conocer las ra-zones que llevaban a unos hombres procedentes del último extremo del mundo a desafiar al poderoso señor de al-Ándalus.

De momento, sin embargo, debió contentarse con los gritos y la-mentos que comenzaron a escucharse detrás de los arbustos mien-

tras los jadeos y gruñidos de Hishem flotaban hacia sus oídos desde aquel rincón oscuro.

—Alá esté con nosotros —dijo al-Jàlid para dejar de escucharlo—. La oración del *Isha* será dentro de poco: partiremos en cuanto la aurora despeje las primeras sombras.

Los árabes asintieron y escucharon el trote de uno de sus caballos. Algunos alzaron las cabezas, pero el sonido fue pronto suplantado por la voz rencorosa de Hishem emanando tras los arbustos que los rodeaban.

—¡Disfruta, sucia pagana! ¡Será lo último que sientas antes de conocer las mazmorras de Qurtuba!

Al-Jàlid procedió a cubrirse las orejas con sus manos para dejar de escuchar los jadeos de su hijo, y lo mismo hicieron algunos de los árabes que los rodeaban. El valí llegó incluso a cerrar los ojos, agotado, triste y dolorido por la rabia, el odio y la violencia que habían sacudido bruscamente a la pacífica al-Ándalus. Incluso Hishem, su propio vástago, había decidido convertirse en un animal como los que acababan de prender fuego a su hogar.

—Alá nos proteja —repitió una vez más el valí de Sevilla. Cuando separó sus manos de sus oídos, sintió el alivio de escuchar de nuevo el silencio propio de la noche—. Echad un tronco más —ordenó—. Tengo frío.

La fuerza del fuego creció y la luz de las nuevas llamas iluminó una extraña sombra que avanzaba entre las encinas. Los árabes se tensaron al escucharon gruñidos a su espalda, y volvieron los rostros hacia una oscuridad en la que vislumbraron dos sombras caminando hacia ellos. Una de ellas era Hishem, desnudo y con el pene flácido colgando de lado a lado a causa del abrazo de un gigante rubio que retorció su brazo mientras apoyaba una daga en su cuello.

—¡Ayudadme, padre! —gritó Hishem entre dientes.

Los árabes reaccionaron deprisa para desenvainar sus espadas, y miraron perplejos a los recién llegados.

—¡Es uno de ellos! —gritó al-Jàlid ante el guerrero desconocido—. ¡Nos han seguido!

Uno de los árabes se atrevió a dar un paso hacia el hijo del valí. La daga del gigante rubio apretó el cuello de Hishem hasta hacerle sangre.

—¡Ni un movimiento! ¡Un solo paso y le cortaré el cuello!

Al-Jàlid alzó una ceja incrédula.

—¡Hablas nuestra lengua! —Y apuntó con su arma al guerrero que retenía a Hishem—. ¡Suelta a mi hijo! ¡Hazlo, si puedes comprenderme!

El desconocido negó con la cabeza y apuntó hacia las espadas que reflejaban la luz de las llamas.

—Arrojadlas lejos: más tarde podréis recuperarlas.

Los árabes dudaron ante su tono decidido, pero un nuevo hilo de sangre resbaló por el gaznate de Hishem.

—¡Bárbaro maldito, hijo de mil ramera! —gritó el humillado—. ¡Soy el hijo del valí al-Jàlid, y Alá te castigará en esta vida o en la próxima!

—El hijo de un buen musulmán jamás intentaría forzar a una mujer encadenada. ¿Quién es el bárbaro, árabe? Dilo para que Alá te escuche.

—¡Basta, por las barbas de Alí! —gritó al-Jàlid—. ¡Guardad las espadas!

Las hojas de los andalusíes regresaron a sus vainas mientras Hishem jadeaba bajo la hoja del recién llegado, un hombre cuya presencia en el bosque nadie lograba explicarse.

—¡Ha liberado a la prisionera! —gritó Hishem—. ¡La mujer ha escapado por su culpa en uno de nuestros caballos!

El cuerpo desnudo del hijo del valí lucía los arañazos de la prisionera como recuerdo de su furiosa resistencia, pero el gigante rubio interrumpió con un gruñido.

—Yo soy vuestro nuevo prisionero, valí de Sevilla: será a mí a quien debáis conducir hasta el diván del poderoso Abderramán.

—¡No eres nadie para dar órdenes a un árabe! —repuso al-Jàlid—. Los tuyos han venido para saquear mi medina, arruinar a sus gentes y arrancar su alegría. ¡Suelta a mi hijo y prepárate para tu castigo!

El guerrero negó con la cabeza mientras la daga continuaba firmemente apoyada en el gaznate de Hishem.

—No son mis parientes, guerreros o amigos quienes han incendiado Sevilla, poderoso valí. Son los hombres de Ivar el Deshuesado, un sangriento caudillo que avanzará hasta la mismísima Córdoba con tal de bañarse en el oro de vuestros palacios.

Aquella información provocó que al-Jàlid comenzara a preguntarse qué clase de milagro había provocado que un bárbaro hablase la lengua de al-Ándalus como un tendero de los barrios bajos de Córdoba.

—¿Quién eres tú, pagano? —preguntó el valí de Sevilla—. ¿Por qué comprendes nuestra lengua y nos ayudas contra los *madjus*? ¿Acaso no eres uno de ellos?

El gigante lo miró tras un flequillo rubio que caía en gruesos rizos hasta unos hombros macizos como ruedas de molino, y aflojó lentamente la llave que retorció el brazo de Hishem hasta provocarle un suspiro de alivio.

—Me llaman el Mudo, y también el hombre de los tres nombres. Conozco el árabe del pueblo porque he servido largos años a vuestro emir Abderramán II, y soy el único que puede evitar su derrota ante un enemigo que jamás habéis sufrido.

La voz del normando era grave y de suave cadencia, diferente al rudo aspecto que le hacía pasar por un bárbaro como los que habían degollado a los sevillanos que no habían logrado escapar a tiempo de su violencia. Al-Jàlid pronto se sintió atraído por un hombre tan valeroso como para enfrentarse en solitario a seis árabes armados, pero una voz veterana susurraba en su oído que nunca debía fiarse de un hombre surgido en mitad de la noche y con su propio hijo bajo la punta de su cuchillo.

—Libera a mi hijo y cuando escuche tu historia seré yo quien decida si debo llevarte a Córdoba o acabar con tu vida —anunció, finalmente, al-Jàlid—. Tienes mi palabra de que no sufrirás daño alguno.

El Mudo empujó a Hishem hacia su padre, y el joven trastabilló hasta protegerse tras las espaldas de sus acompañantes. Desde allí dirigió una mirada de odio al gigante que se había atrevido a interrumpirlo mientras forzaba a su prisionera, y expulsó toda su bilis por la garganta.

—¡Matadlo, padre! ¡Sólo es un salvaje!

Ninguno de los árabes movió un dedo, y la daga del Mudo no encontró enemigo de quien defenderse.

—Deseo escuchar sus palabras, Hishem: guarda silencio —replicó al-Jàlid—. No es habitual hallar en mitad de la noche a un guerrero de los *madjus* que conoce la lengua del Profeta, y mucho menos, que se entregue libremente a nuestras cadenas... —La voz del valí se fue apagando mientras caminaba hacia la hoguera—. Dime, Mudo, cómo has dado con nosotros y por qué has liberado a mi prisionera. Ella es una bárbara pagana como los hombres que han tomado Sevilla, y debe ser castigada por semejante afrenta.

El Mudo pareció dudar un instante antes de contestar.

—Es mi hermana, gran valí, y debo protegerla.

Al-Jàlid alzó una ceja mientras los árabes se miraban unos a otros con gestos de extrañeza.

—No es momento para embustes, Mudo. Convénceme de que tu vida vale más que la prisionera que has dejado escapar a lomos de un caballo y podrás volver a ver un nuevo día. Sólo tienes un camino, hombre de los tres nombres: ser sincero.

Después de unas palabras que flotaron hasta las brasas haciendo revivir el fuego, al-Jàlid se sentó en uno de los tocones que rodeaban la hoguera y esperó pacientemente a que el Mudo hiciese lo mismo. El gigante guardó su daga, una bella arma de blanca empuñadura que reflejaba la luz de la luna, y apoyó los codos en las rodillas mientras observaba las llamas sin prestar atención a las miradas suspicaces de los árabes.

—Abrid los oídos, noble al-Jàlid, valí de Sevilla... —El Mudo tomó aire y lanzó un largo suspiro—. Soy el hombre de los tres nombres, y esta es la historia de mi vida.

Y cuando la voz del Mudo comenzó a agitar el fuego, un frío extraño y anómalo en las tierras del sur del mundo empezó a soplar desde el norte, como si algún dios lejano acudiese a escuchar bajo las copas de las encinas y los alcornoques.



# 1

«La vianda más común [entre los daneses] es el pescado. Si alguien tiene un hijo deforme, lo tira al mar para tener de este modo menos gasto».

**Ibrahim ibn Ya'cub de Tortosa, viajero judío del siglo X, en una descripción de las costumbres de los daneses recogida por Abu Abdullah al-Bakri en su obra *Al-Masalik wal-Mamalik* («Libro de rutas y reinos»)**

HÄLTVEST, REINO DE LOS DANESSES, INVIERNO DEL AÑO 819

Mi primera patria fue una isla bañada por el mar y las marismas que rodean la lejana tierra de los daneses. Podría parecerse, señor de musulmanes, a las tierras que atraviesa el ancho Guadalquivir antes de morir en el océano, con sus caños y lagunas rebosantes de aves. Por desgracia, el lugar que me trajo al mundo nunca conocerá el abrazo del sol de al-Ándalus: nací en el norte, donde el frío y la lluvia reinan, allá donde los árabes imaginan el infierno, guarida de las bestias abisales.

—Es un niño: un varón fuerte y sano que sobrevivirá al invierno —fue lo primero que dijo mi padre, según me contó mucho después—. Recibid en Midgard, dioses de nuestra casa, a Sygurd, hijo de Harald Sygurdsson. Otórgame tu fuerza, padre Odín, para protegerlo...

El padre que me dio un nombre y me encomendó a los dioses del norte se llamaba Harald. Sabed de él, valí, que era un danés de sangre vieja, guerrero y heredero de un linaje de *jarls*, como llamamos en nuestra lengua a los jefes y caudillos que rigen las tierras de aquellos a quienes vosotros llamáis *madjus*.

—¡Balder luminoso, Thor tonante, Frigg bondadosa! ¡Os muestro en mis brazos a Sygurd, heredero de mi sangre!

El orgullo de mi padre se convirtió en inquietud al observar un extraño apéndice en mi cabeza. Puedo imaginar a Harald palpando

el pequeño trozo de carne de apenas un dedo de ancho que ocupaba el lugar donde debería haberse encontrado mi oreja, y también su gesto atribulado.

—Está tullido, Helga.

Unos brazos cálidos me tomaron consigo, y me acercaron a un pecho que emanaba un olor dulce y acogedor.

—Soportará la prueba del frío, esposo; confía en tus dioses.

Mi madre, allá donde se encuentre, aún debe de responder al nombre de Helga. Además de protegerme de las primeras sospechas de mi padre, me legó unos iris verdes como la cebada recién cortada y el cabello pajizo que nunca me cortaron, pues tal es la costumbre entre los daneses.

—«A Frisia llegan las grullas, grullas que vienen del sur, del sur de los sarracenos, donde el cielo es azul...» —decían las primeras nanas que Helga susurró tantas noches en mis oídos, aquellas que nunca se olvidan por mucho que los años pasen.

Aquellos versos supusieron mi primer aprendizaje de la lengua franca que hablan los cristianos del Occidente, la misma que mi madre utilizaba en la más estricta intimidad para enseñarme un lenguaje que nadie más parecía entender en la aldea de Hältvest. Tardé años en saber por qué Helga conocía aquella lengua dulce y suave, tan diferente a la lengua de los daneses, y por qué cada vez que la hablaba sus ojos parecían brillar con un tono diferente. Y cuando por fin lo supe, comprendí por qué Helga nunca hablaba aquella lengua delante de mi padre.

Años más tarde descubrí que durante mi primer mes de vida Harald adoptó la costumbre danesa de exponerme al frío durante el amanecer. Un cesto de cañas a la puerta de nuestra casa bastaba como refugio para mi cuerpo indefenso, sin importar el tiempo que los dioses de Asgard descargasen sobre nuestra aldea. Mi padre me contó años más tarde que nunca lloraba ante la lluvia o la nevada, el viento o la escarcha, y por aquel motivo pronto supo algo que lo llenó de alivio.

—Olvida la oreja tullida, Helga: es un verdadero Sygurdsson.

Al nacer heredé la historia de mi casa y también su destino. Los hombres del norte creemos que nuestra ruta en el mundo se escribe desde el pasado y mucho antes de nuestro nacimiento. De haber venido al mundo en la casa de mis vecinos, un hijo sin oreja hubiese pasado inadvertido, pero la imperfección de mi rostro afectaba más a mi padre que cualquier derrota en la batalla.

—¡Mamá, sopa! —dije un día.

—¡Puede oírnos! —debió de exclamar mi madre—. ¡Está sano, Harald!

Una vez superada la prueba, mi padre me sentó en sus rodillas, y sentí el roce de su barba sobre mi frente.

—Padre Odín y madre Frigg, dueños de nuestros destinos: recibid en Midgard a Sygurd, hijo de Harald, del linaje de los Sygurdsson, y de Helga. —La voz de mi padre sonó ronca y cálida en mis diminutos oídos—. Dale tu protección, padre de los cielos, y tuyos serán mi sangre y mi aliento.

Mi madre, en cambio, esperó a la noche y a los ronquidos de Harald para enseñarme un colgante que pendía de su cuello. Era una cruz de madera, y mis curiosos dedos la buscaron para jugar con ella. Es el primer recuerdo nítido que poseo, valí, porque los ojos de mi madre brillaban mientras me besaba.

—Cristo también te protege, pequeño Sygurd—susurró en mi oído—. Amén.

#### VERANO DEL AÑO 829

Tal y como mi padre predijo, sobreviví a los fríos inviernos que azotan la tierra de los daneses y alcancé los diez años de edad convertido en un niño fuerte y lozano de gruesos rizos rubios que mi madre dejó crecer para ocultar mi malformación. Una vez comencé a andar con soltura, mis padres me abrieron la puerta de casa para descubrir el mundo que aguardaba fuera y crecí, aprendí a correr e hice mis primeras amistades entre las cabañas de Hältvest moviéndome como uno más entre los niños de la aldea. Había muchos niños en Hältvest por entonces, y todos los hogares alimentaban a tres o cuatro vástagos que llenaban la aldea con sus carreras y risas. No tardé en darme cuenta de las extrañas miradas que mi padre lanzaba a Helga cuando yo retornaba solo a mi casa, sin hermanos que me acompañasen en mis aventuras. Entre todos, mi mejor amiga terminó siendo la hija de la viuda Gertra, nuestra vecina, una niña de mirada aguda y ojos rasgados llamada Idda.

Por motivos que entonces no comprendía, la viuda Gertra servía en mi casa prestando ayuda a mi madre con la comida y la costura. Idda era siempre mi compañera de juegos, y como era una niña di-

vertida y ocurrente, no había tarde en la que no estuviésemos inmersos en alguno de los mundos que los niños crean para entretenerse.

Un día, Idda me preguntó algo en lo que nunca había reparado.

—¿Por qué no tienes hermanos?

Levanté la mirada y pude escuchar los juegos de las decenas de niños que vivían en Hältvest. Los retoños de padres jóvenes abundaban en aquellos días, y los hijos y hermanos se contaban por pares excepto en dos casas que conocía muy bien.

—Tú tampoco tienes hermanos, Idda —contesté con voz aguda.

—Pero mi padre está en el Valhalla... —levantó la vista hacia el cielo antes de seguir— y el tuyo vive en tu casa.

No supe contestarle, y pensé en distraerla.

—¿Y por qué murió tu padre?

—Odín se lo llevó en un lugar que llaman Frisia —contestó Idda con orgullo—. Mi madre me ha contado que luchaba junto a un *jarl* muy valiente llamado Ragnar, un hombre del rey.

Los niños no suelen hablar del pasado, y pronto continuamos jugando mientras mi pequeño corazón olvidaba al padre de Idda para repetir una pregunta que me revolvía las tripas. Aguanté sólo unas horas, y cuando la noche dejó atrás al día, junté el valor para hablar con Helga.

—Mi vientre aún está cansado por tu nacimiento —explicó mientras me acariciaba el cabello—. Pero te prometo, Sygurd, que algún día tendrás un hermanito. Vendrá con la primavera, bajo las alas de las grullas de Frisia que visitan la marisma.

Recuerdo cómo acarició mi nariz antes de volver los ojos hacia el guiso que preparaba sobre las brasas con una mirada melancólica.

—¿Qué es Frisia? —pregunté al recordar, de pronto, la historia del padre de Idda.

Helga paró de remover el caldo, y lanzó una veloz mirada a la cortina de lana que cerraba la puerta de nuestra casa. El silbido de una piedra afilando un hacha indicaba que mi padre Harald se encontraba fuera, aprovechando las últimas luces del ocaso.

—Frisia es una tierra lejana, más allá del mar, siguiendo el sol hacia el sur. —Los dedos de mi madre buscaron el colgante con la cruz que pendía de su cuello—. Allí reina un emperador y, también, un dios muy poderoso: Cristo.

—¿Cristo? —pregunté con voz chillona e infantil.

El silbido dejó de sonar en el exterior de nuestra casa, y presencié cómo el gesto de mi madre cambiaba mientras la cortina se movía

para dar paso a Harald. Mi padre sostenía con ambas manos su hacha de guerra, y su mirada golpeó a su esposa con un silencio interrogante.

—Haz la cena, mujer.

Helga volvió el rostro hacia el puchero y Harald se aproximó a las brasas para calentar sus manos. La mirada que cruzaron todavía permanece grabada en mi alma, y aunque no supe comprenderla, fue la primera vez que conocí el miedo en los ojos de mi madre.

Mi padre percibió mi atención, y me revolvió los cabellos con una sonrisa forzada.

—Tendrás un hermano, Sygurd, cuando tu madre decida olvidar su pasado.

A la mañana siguiente, el cuello de mi madre estaba diferente, más largo y menos brillante, y pude advertir que la cruz con la que solía jugar antes de dormirme en su regazo había desaparecido. Helga nunca volvió a hablarme en la lengua franca, y aquel día, comprendí que desconocía quién fue mi madre antes de convertirse en esposa del *jarl* de Hältvest y en la madre de su único hijo y heredero. Por suerte, y aunque no podía saberlo, no quedaba mucho tiempo para averiguarlo.

Los meses, semanas y años pasaron sin que aquel colgante retornase jamás al cuello de Helga, y mi vida pasó a ser cada vez más divertida y excitante a medida que crecía. Pronto me olvidé de mi hermano prometido, quizás porque Idda nunca volvió a preguntármelo, y me lancé a volar por un mundo que resultaba nuevo a cada paso. Mi primera infancia, valí, fue un bello pasatiempo, pero también me mostró con crudeza que el mundo de los niños se parece con ácido acierto al de los adultos.

Mi mejor amiga continuaba siendo Idda, y aunque nos veíamos buena parte de los días, había comenzado a conocer mejor a Erik, hijo de Svend, el mejor pescador de Hältvest, quien gustaba a todas las madres por su cara pecosa y sus ojos verdosos. Su padre era buen amigo de Harald, o eso me imaginaba, porque siempre conversaban mientras bebían hidromiel y hablaban del pasado. La cercanía entre ellos me hizo conocer también a los hermanos mayores de Erik, el alto Halfdan y el paliducho Dag, quienes me enseñaron a comportarme como los mayores.

Debí de agradecer pronto a los Svendsson, porque un día Halfdan se acercó mientras Erik y yo jugábamos con nuestros palos para soltarnos una propuesta:

—Escuchadme, pequeñajos: mañana dejará de llover y será un buen día de caza. Me lo han dicho los hijos de Brand el Gordo, y también nos han invitado a cazar patos en las marismas. —Me guiñó un ojo—. Puedes venir si traes tu honda, Sygurd.

Asentí sintiéndome importante.

—Iré con vosotros.

—Nos vemos al alba, entonces —acordó Halfdan—. Y recuerda venir solo, Sygurd: no queremos más niños pequeños.

Al día siguiente descubrí que Halfdan y los hijos de Brand habían errado en sus predicciones. Hältvest estaba envuelto en una neblina que se apoyaba en las aguas de la marisma, y era difícil distinguir las casas y los huertos cercados. Por suerte, conocía de memoria mi propia aldea, y corrí hacia el canal de aguas fangosas cercano a las casas donde los niños solíamos reunirnos. Trotaba tan rápido que estuve a punto de chocar con unos ojos afilados que aparecieron ante mí envueltos en unas trenzas cobrizas y unos brazos que detuvieron mi carrera.

—¡Sygurd! —Era Idda—. ¿Dónde vas? ¡Te he visto salir corriendo! Traté de esquivarla, pero la niña era más rápida.

—Voy a la marisma, a cazar con los hijos de Brand el Gordo...

Idda empezó a dar saltitos.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó, y me tomó de la mano.

Nunca lo había hecho, pero me solté rápido.

—Los chicos mayores no quieren que vengan niños pequeños.

Hablé en el mismo tono que utilizaba mi padre cuando quería que los demás obedecieran; por eso me sorprendió tanto que Idda se quedase clavada en mitad de la aldea. Sus carrillos enrojecidos por el frío de la mañana comenzaron a temblar, y gritó:

—¡Pensaba que eras mi amigo!

Antes de que pudiese contestarle nada, Idda dio media vuelta y volvió corriendo a su casa.

Recuerdo sacudir la cabeza y pensar que pronto olvidaría su enfado. Me convencí de tal mentira, y seguí corriendo hasta que alcancé el canal que conectaba la aldea con la marisma. Junto a la acequia se encontraban Erik y sus hermanos, armados con hondas y piedras, y también tres mozos mayores cuyos rostros conocía a base de verlos



todos los días: Björn, Fryord y Magnus, los hijos de Brand el Gordo, tan anchos como su padre y con la misma cara alargada que un macho cabrío.

—¡Pensaba que seguías dormido! —exclamó Erik al verme, y palmé mi espalda como veíamos siempre hacer a los hombres.

—Me tropecé por el camino —mentí descaradamente, y para cambiar de tema señalé con la barbilla hacia la marisma envuelta en neblina—. Al final, tu hermano tenía razón: hoy los patos no podrán vernos.

Erik asintió con una mueca aguerrida, y nos atamos las hondas en torno a la cabeza a modo de cinta. Teníamos una apuesta, y no hacía falta nombrarla: quien antes cazase una de las barnaclas que merodeaban por las lagunas salinas que rodeaban Hältvest podría recordárselo al otro hasta la próxima cacería. Y yo no sentía ningún deseo por ser objeto de las chanzas de Erik.

—¿Estás preparado, Sygurd? —me preguntó Dag, el hermano mediano de Erik—. Ten cuidado con la niebla, o te perderás.

Sonreí para darle a entender que no pensaba entrar en su juego, y mientras lo hacía escuché susurros provenientes de los hijos de Brand. Björn, Fryord y Magnus apenas disimulaban unas torvas miradas que me recorrieron de arriba abajo antes de detenerse en la flacucha apariencia de Erik. Sus rostros enrojecidos por el frío de la mañana traslucían un enfado que parecía crecer a cada segundo que pasaba, hasta que la voz grave y desafinada de Björn, el mayor de los Brandsson, se alzó entre los murmullos.

—Creo que sólo he invitado a Halfdan y Dag a cazar con nosotros esta mañana. ¿Qué hacen aquí esos niños que acaban de dejar la teta de su mamá? ¿Los has traído contigo, Svendsson?

Sus hermanos rieron la ocurrencia de Björn, y pude ver cómo Halfdan nos miraba mordiéndose un labio.

—Son mi hermano Erik y Sygurd, hijo del *jarl* Harald.

—¡Sabemos de sobra quiénes son! El canijo y el tullido, así los llamo yo. ¿Te crees más listo que nosotros por traerlos sin permiso?

Los ojos separados de Björn recordaban ligeramente al ceño de un macho cabrío. No pude evitar retroceder cuando los tres hermanos se dirigieron hacia nosotros hinchando el pecho.

—Hoy los pequeñajos os quedáis en casa. —Fue Björn quien dictó firme sentencia—. No queremos que os perdáis entre la niebla.

Halfdan y Dag volvieron las cabezas, tocadas con finos gorritos de lana, hacia Erik y quien os habla, valí, y cuando pensaba que iban replicar algo en nuestra ayuda, sucedió lo que mi inocencia jamás imaginaba: no dijeron nada.

—Conocemos bien la marisma... —titubeé, decidido a no dejarme vencer—. Queremos cazar con vosotros; podemos ayudaros.

Björn no me dio tiempo de terminar y avanzó hacia nosotros con sus piernas desgarradas. Vi subir su brazo, y cuando imaginaba que lo lanzaría contra mi cara, giró la mano y apuntó hacia las casas de Hältvest.

—¡Largo de aquí, tullido!

La voz que surgió de un pecho donde comenzaba a crecer vello tronó en mis oídos, y escuché el roce de los talones de Erik girándose a mi lado. Ambos corrimos hacia la cercana aldea en un silencio que nunca deseé que se rompiera, porque lo siguiente en alzarse a mi espalda fueron las risas de Halfdan y Dag. Los hermanos de Erik parecían ser cómplices de aquella broma oscura; más bien, no tenían otra opción que la mera adulación hacia Björn si querían cazar aquella mañana. Con todos volví a jugar días más tarde, pero tardé en olvidar su gesto con aquellos abusones, y estuve semanas sin hablar a Halfdan. Ahora lo perdono, porque lo comprendo: Björn era el *jarl* de los niños, al igual que mi padre Harald lo era de los adultos.

Los dioses me tenían reservada una nueva lección en cuanto estuve ante la puerta de mi casa a través de la niebla y las lágrimas de impotencia. Helga me recibió en sus brazos, desatendiendo la manta que hilaba con sus ágiles manos, e incluso mi padre alzó la vista de las flechas que emplumaba con mimo junto a la luz del fuego.

—¿Qué sucede, Sygurd? —preguntó mi madre ante mi respiración agitada.

La mirada censora de Harald se coló entre mis lágrimas, y recordé qué mal le sentaba a mi padre que su hijo llorara.

—Björn Brandsson no nos deja cazar patos con los demás... —conseguí decir—. Es un maldito matón. —Aquella palabrota hizo alzar una ceja a mi padre, y también una media sonrisa.

—Björn es igual que su padre, por lo visto —sólo supo decir Harald mientras yo contenía las lágrimas para no decepcionarlo.

Helga, en cambio, besó mi frente y acarició mis largos cabellos rubios con una pausa serena que me ayudó a respirar de nuevo el aroma a leña y comida de mi hogar.

—¿Y tu amigo Erik, el hijo de Svend? Seguro que él puede vencer a los demás: ese niño es encantador, y habla muy bien.

—A Erik tampoco le dejan: Björn dice que somos pequeños... —Bajé la voz, avergonzado—. Y también me llamó tullido.

Escuché un largo suspiro, y la indignación de mi padre fue latente cuando se alzó sin decir palabra y fue hacia la puerta de nuestra casa. Un jirón de niebla plateada se coló bajo el dintel cuando la abrió lentamente y desapareció antes de que la mirada de mi padre se clavase en mis últimas lágrimas.

—Hablaré con Brand acerca de su hijo.

La puerta se cerró con aquella promesa que me causaba más inquietud que alivio, y mi madre debió de leerlo en mis ojos.

—Algún día, Sygurd, serás tú quien dé órdenes a Björn Brandsson. —Y me abrazó aún más fuerte—. Siempre podrás cazar con Idda: ella nunca te diría que no podéis jugar juntos.

## 2

*«Cuando tienen fiesta, los daneses sacrifican un animal y lo colocan en un soporte a la puerta de su casa. El sacrificado puede ser una vaca, un cordero, una cabra o un cerdo. De esta forma toda la gente sabe que ha realizado un sacrificio en honor de su dios».*

### ***Al-Masalik wal-Mamalik («Libro de rutas y reinos»)***

HÄLTVEST, OTOÑO DEL AÑO 832

El incidente acontecido con los niños mayores de Hältvest puso fin a mi primera infancia, y la venda que cubría mis ojos comenzó a caer para dar paso a las luces de una incipiente madurez. La primera lección fue perder a mi primera amiga, porque Idda no perdonó unas palabras que los dioses me devolvieron con idéntico amargor. Mi vecina buscó nuevas amistades entre las niñas de Hältvest, pero no temo reconocer que poco me importó. Entrábamos en esa edad en la que no queríamos saber nada del sexo opuesto, y pronto se crearon las pandillas que con los años se harían inseparables. Erik seguía a mi lado, y también sus hermanos, Halfdan y Dag, con quienes aprendí a conocer el mundo de los niños. Ellos nunca me llamaron tullido.

Una vez que cumplí trece años comencé a preguntarme por qué mi casa era la más grande de la aldea. Más tarde reparé en que nuestra puerta, al contrario que las demás, siempre estaba abierta para que las gentes de Hältvest entrasen por todo tipo de motivos. Observaba con ojos nuevos a mis padres, hasta entonces dibujados como poco más que sus nombres y coloreados por el amor que me otorgaban, y comencé a prestar atención a cómo Harald daba órdenes o consejos o apaciguaba pleitos entre yernos y suegros. Comencé a sospechar que la palabra *«jarl»* con la que siempre se referían a mi padre significaba algo más que un mero sobrenombre, y que ser su hijo suponía ser diferente al resto de niños.

Las señales llegaban más claras a medida que prestaba mayor atención. Cada luna llena Harald recibía a las mujeres de la aldea, que aparecían portando cestos con comida que depositaban en la puerta antes de dedicarle una reverencia. Las mismas madres de mis amigos que tanto había visto reír, regañarlos y conversar se mostraban ante mi padre cabizbajas y sumisas.

—Toma los frutos de Freya, *jarl* Harald Sygurdsson —repetían siempre, con la mirada gacha, antes de depositar un saco de cebada, unos cabritos o un manojo de berzas ante la puerta de nuestra casa.

Aquellos gestos cotidianos habían sucedido durante años sin que mi mente de niño se esforzase por aclararlas. Sin embargo, las amenazas del matón de Björn y la consecuente sumisión de los niños de la aldea me hicieron mirar a Harald de una forma completamente nueva. En el mundo de los niños, Björn y sus compinches eran quienes decidían a qué se jugaba, quién corría y quién pillaba a quién mediante la intimidación y la fuerza. ¿Haría lo mismo mi padre con los hombres de Hältvest?

No tardé demasiado tiempo en encontrar respuesta, y esta vez la señal cayó de los cielos.

En fechas señaladas que siempre se repetían, como el inicio del invierno o la llegada del verano, los hombres de Hältvest entraban en mi casa envueltos en sus mejores pieles y luciendo las joyas arrebatadas a algún rival en la batalla. Llevaban a menudo con ellos animales como cabras, cerdos y en ocasiones terneros que se agitaban nerviosos en sus brazos. De uno en uno y en absoluto silencio los hombres seguían a mi padre a través de una trampilla que se abría en el mismo suelo de mi casa: encerraba unas escaleras de piedra, cosa extraña en la arenosa Hältvest, que conducían a una sala donde yo tenía prohibida la entrada.

Una vez pegué el oído al suelo, muerto de curiosidad, y escuché el chillido agónico de un cerdo antes de que mi madre me empujase lejos de la cabaña.

—Sal a jugar, Sygurd: nadie puede escuchar cuando los hombres hablan con los dioses.

Una vez que concluía la ceremonia, los cabezas de familia regresaban a sus hogares y mi padre tomaba el cuerpo desangrado del cerdo para clavarlo en las maderas de nuestra casa a la vista de toda la aldea.

—Y que los dioses sepan que los Sygurdsson sabemos cómo honrarlos.

Los sacrificios a Odín, Thor y las deidades de nuestro panteón realizados bajo el suelo de mi propia casa me ofrecieron una pista con-

tundente acerca del verdadero poder de Harald sobre las gentes de Hältvest, y comencé a adivinar lo que significaba ser un *jarl*, un señor de los hombres del norte. No obstante, tardaría aún más tiempo en comprender quién era su esposa, mi madre, a quien los hombres de Hältvest nunca invitaban a las ceremonias y sacrificios ante los dioses. Nunca llegué a comprenderlo, porque ella también tenía un poder que postraba de rodillas ante nuestra puerta a las gentes de Hältvest.

—¡Dame una planta para mi pobre barriga!

Y Helga la encontraba en la marisma.

—¿Tienes algo para el dolor de cabeza?

Una raíz bastaba para que mi madre se ganase bendiciones y buenos deseos, y pronto comprendí que las gentes de Hältvest recurrían a su *jarl* para hablar con los dioses, pero era Helga quien conversaba con ellos y escuchaba sus preocupaciones mientras atendía a sus dolores. Tal era el candor que irradiaba que nunca logré entender por qué mi padre solía tratarla con aspereza; y, cuando lo hice, ya era tarde.

—¿Has sangrado esta luna?—preguntó Harald una noche, con la mirada clavada en mi madre.

—Hice lo que me pediste. Enterré mi colgante...

—¿Has manchado las ropas o no? —Helga terminó asintiendo antes de cerrar los ojos, y la respuesta fue una cena en silencio donde sólo se escucharon el chapoteo de la lluvia y el silbido del viento antes de que Harald se alzase en dirección a la puerta con gesto malhumorado—. Hoy dormiré en la marisma y rezaré a Freya.

Sin embargo, Helga sabía que ni siquiera la diosa de la fertilidad sería capaz de ayudarlos.

—Quizás debas traer una nueva esposa a esta casa. Sé que los hombres murmuran al igual que las mujeres, y que tu posición como *jarl* será más fuerte cuantos más vástagos puedan luchar y pescar a tu lado —musitó mi madre, y soltó un largo suspiro antes de decir—: Mi vientre ya no sirve para darte otro hijo.

A cambio sólo recibió silencio, y Harald salió por la puerta dejando tras de sí un aroma violento que pareció inundar no sólo nuestra casa, sino también la aldea durante los días venideros. Las mujeres de Hältvest comenzaron a murmurar cuando mi madre pasaba a su lado, y Helga pronto conoció un mote que empezó a hundirla como si caminase cada día sobre el lodo de la marisma. La llamaban «la Seca».



### 3

HÄLTVEST, PRIMAVERA DEL AÑO 833

Los niños de los daneses tenemos una infancia breve. La necesidad manda, buen valí de Sevilla, porque nuestra tierra apenas da frutos, y dos manos siempre trabajan mejor que una. Mientras vuestros infantes, hechos a las bondades de al-Ándalus, cabalgan, juegan y cazan en las dehesas bajo cielos siempre azules, el pueblo que me vio nacer sufre inviernos largos como tres estaciones, y nuestro verano es un soplo de vuestra primavera más tenue. Los frutos que Alá brindó a al-Ándalus se los negó a las tierras del norte, y por esta razón, en Hältvest, los niños trabajan en los campos, en los huertos e incluso en los barcos desde que cumplen los doce años.

Una mañana de abril, húmeda y salada por el azote de un viento que llegaba desde el mar, salí de casa envuelto en mi sayo de lana y corrí a buscar al resto de niños en nuestro lugar habitual de juegos en la orilla del canal. Tenía un arco nuevo, regalo de mi padre por mi décimo aniversario, que deseaba probar junto a Erik en los campos de la aldea, pero no encontré a mi amigo en su casa, como tampoco a sus hermanos ni a ninguno de los niños con los que jugábamos.

—¿Dónde están todos?

Busqué una respuesta a mi alrededor, y vi a Thern, el hombre más viejo de Hältvest, sentado en una silla de cañas ante la puerta de su casa.

—Los Svendsson están allá, en los pólderes... —me indicó el anciano mientras señalaba los campos de labor ganados a la marisma—. Los últimos días de *Ein-mánuðr*, el mes del invierno, están tocando a su final: ya es hora de sembrar el centeno y preparar las semillas para la primavera que Freya pronto nos traerá.

Hältvest era tan pequeño que pronto pude distinguir a lo lejos a los niños y niñas con quienes jugaba cada día. El cabello azabache de Erik brillaba de sudor, y sus brazos finos y pálidos sostenían una azada con la que labraba la tierra de los campos. Parecía imitar a su padre, y también a sus hermanos mayores, reunidos en los huertos

con la mirada puesta en el suelo. También Brand el Gordo y sus hijos trabajaban en las tierras, hasta que logré percatarme de que era el único en Håltvest que no participaba en la siembra.

—¿Puedo ir con ellos? —pregunté al anciano Thern con mi mejor voz.

Thern se mesó las barbas y me miró con gesto pensativo.

—Será mejor que preguntes a tu madre.

Emprendí un trote veloz y tardé apenas dos saltos en plantarme junto al fuego del hogar. Mi madre se encontraba allí, inclinada ante un puchero que bullía sobre las brasas acompañada por la presencia silenciosa de mi padre.

—¡Sygurd! ¿Dónde te habías metido? —preguntó mi madre, extrañada—. Tienes que cortar laurel del huerto: se me ha quemado el guiso mientras tejía.

Un impulso obediente pugnó por hacerle caso, pero otro aún más fuerte dejó mis pies clavados.

—¡Busca el laurel, o el guiso sabrá a carbón! —me advirtió Helga.

Negué firmemente con la cabeza y me crucé de brazos ante ella.

—Quiero sembrar centeno con los demás. —Y sonreí para lucir una sonrisa que solía funcionar—. ¿Puedo coger la pala?

Nada más señalar la pala que Harald utilizaba para apartar la nieve en invierno y el barro en primavera, mi padre se alzó cuan largo era y su enorme mano me tomó por la barbilla para obligarme a mirarlo directamente a los ojos.

—Eres el hijo de un *jarl*, Sygurd Haraldsson: nosotros no debemos cultivar la tierra.

—Yo quiero estar con ellos, padre...

—Los dioses crearon a los humanos, pero no nos hicieron iguales —cortó en seco Harald—. Eres descendiente de grandes jefes, y nunca, mírame, Sygurd, los deshonres.

—¡Pero son nuestras tierras! Sé que son nuestras, te he escuchado hablar con...

La bofetada de mi padre llegó antes de poder advertirla, y sentí dolor en el rostro mientras sus ojos me atravesaban.

—No volveré a decirlo, hijo. Aléjate de los campos y los graneros: tus manos están hechas para empuñar la espada y el hacha, no la azada de un *bændr*.

Vibró un tono extraño en la voz de mi padre cuando pronunció aquella palabra: un desprecio que sólo he vuelto a escuchar en boca

de los poderosos de al-Ándalus que alaban su sangre árabe y se niegan a mezclarse con los pueblos que dominan bajo su yugo. Harald debía enseñar a su primogénito que los amigos de su infancia eran en realidad *bánder*, «vasallo» en la lengua franca: gentes libres pero sometidas a un jefe, un *jarl*, mi propio padre.

Enfrente, sin embargo, yo, su hijo, sólo podía preguntarme por qué Erik y sus hermanos acababan de comenzar una vida que a mí me sería vetada por siempre. Busqué la ayuda de mi madre, pero sólo hallé tristeza en los ojos de Helga mientras el eco de la bofetada seguía resonando en nuestra casa. Parecía haberse olvidado del laurel y de consolar al hijo que la miraba, hasta que inesperadamente abandonó el puchero y lanzó una extraña mirada a Harald.

—Voy a la playa —explicó con voz fría—. Necesito ver el mar.

Helga salió de la casa, y, decidido a alejarme de Harald, seguí sus pasos a distancia hasta que me percaté de que mi madre se encaminaba más allá de las dunas que separaban nuestra aldea del mar. Una vez junto al océano, Helga permitió que la espuma de las olas lamiese su falda, y su rostro buscó el brillo del sol y del sur, cuyas playas infinitas dibujaban una costa de borroso final.

La bofetada aún dolía, pero pude advertir en mi madre un pesar aún más profundo que el mío mientras el viento agitaba sus cabellos.

«*Eres el hijo de un jarl*»; repetí las palabras de Harald para mis adentros, mientras observaba a mi madre con los ojos puestos en las olas.

Helga continuaba inmóvil entre la espuma cuando la tomé de la mano, dispuesto a protegerla contra la tristeza que despedían sus ojos. Noté sus dedos fríos y mojados por las salpicaduras de las olas mientras su rostro permanecía clavado en la costa que se alejaba hacia un horizonte difuminado por las nubes.

—¿Qué miras, madre? —pregunté mientras el mar lamía nuestros pies.

Helga tardó un rato en contestarme, el tiempo suficiente para que su tristeza se transformase en ternura antes de acariciarme la cabeza.

—El sur, Sygurd... —Y su pecho tembló mientras respiraba—. El sur.

Mi padre partió de viaje dos días después de la bofetada, quizás para olvidar la tristeza de Helga y el deseo de un hijo que sólo quería sentirse uno más de los demás niños y hombres de la aldea. Pasaron se-

manas hasta que retornó en la barca que los pescadores utilizaban para capturar los arenques más allá de la costa, y supimos que había viajado hasta Ribe, un puerto a cinco días de distancia al norte de Håltvest de cuya fama incluso los niños habíamos oído hablar.

Aquella noche cenamos ante el hogar sin mencionar mi deseo de ser campesino, y pronto la digestión empezó a darme sueño. Mis párpados cedieron, y cuando los abrí de nuevo estaba en mi lecho, envuelto en mantas, y con la voz de Helga resonando junto al fuego.

—Es normal que Sygurd se muestre confuso. Sus amigos labran una tierra que también es nuestra, y cuando obtienen su fruto, la depositan en nuestra puerta... —Mi madre bajó la voz—. Créeme, esposo: mi sangre no es la culpable de que nuestro hijo quiera empuñar la azada.

Un gruñido llegó hasta mis oídos, y pude imaginar el gesto contrariado de Harald mientras negaba con la cabeza.

—El día de Balder vendrá pronto, y será revelado su destino: entonces sabré si mi hijo ha nacido para ser mi sucesor.

Las palabras de mi padre sonaron tan decididas que Helga se limitó a soltar un hondo suspiro. Las dudas acerca de mi pasado y, sobre todo, la inseguridad de mi padre a la hora de imaginarme como su heredero comenzaron a mellar poco a poco mi confianza. ¿Por qué Helga hablaba de «su sangre» como una suerte de carga extraña?

Por fortuna, la voz de mi madre interrumpió mis pensamientos.

—Tengo buenas noticias, esposo. —Intuí una sonrisa, aunque no podía verla—. La luna está menguando, y esta vez no he manchado.

Mis párpados se abrieron de golpe, y pude escuchar el tono emocionado de mi padre llenando nuestro hogar.

—¡Poderosos son los dioses! —exclamó Harald—. ¡La Madre Frigg me ha escuchado!

Iba a tener un hermano, o quizás fuese una niña, pero nada más pensarlo vino a mí la esperanza de que fuese un varón para compartir conmigo no sólo juegos y aventuras, sino también el destino que nos esperaba como hijos del *jarl* Harald.

—Ya no estoy seca, Harald —pude escuchar a mi madre antes de cerrar los ojos—. Estoy curada.